

En el primer centenario de su muerte

RECORDANDO A BAKUNIN

"El sistema anarquista de hechos revolucionarios y de acción evoca natural e infaliblemente la aparición y el florecimiento de la libertad y la igualdad sin ninguna necesidad de institucionalizar la violencia o el autoritarismo".

M. B.

PARA quien no conozca a Miguel Bakunin más que por la biografía que de él escribió E. H. Carr (1), el anarquista será solamente una especie de vividor infantiloides, un benévolo embaucador con problemas higiénicos y sexuales que dedicó su vida a cultivar una mitomanía revolucionaria de la que fue la primera y ciega víctima. No se trata sencillamente de que Carr invente o deforme los hechos, lo cual sería fácil de denunciar: lo grave es que no entiende absolutamente nada de lo que hace que Bakunin merezca una biografía. Parece como si el atrofiado inglés se hubiese dicho: "Bueno, puesto que hay quien habla de este tipo voy a contar su vida, aunque yo no la veo más gracia que cierto grotesco pintoresquismo". De vez en cuando, Carr se ve obligado a explicar la influencia que Bakunin ejerció sobre algunos de los más estimables luchadores por la libertad de su época, sobre personalidades como Ricardo Wagner o en multitudes sublevadas como las de Lyon o Dresde. El biógrafo sale del paso refiriéndose al misterioso "poder de seducción" del anarquista, a quien dota, según el caso, de poderes semitaumáticos a lo Rasputín. No parece fácil, empero, conciliar la ingenuidad rayana en la memez pura y simple del Bakunin de Carr con su capacidad mágica para persuadir a líderes revolucionarios o a masas en acción. Pero no se trata ahora, en la conmemoración del siglo que nos separa de ese primero de julio de 1976, en que murió, de urdir una contraimagen respetable, venerable incluso, del revolucionario ruso. No, Bakunin no fue un santo subversivo, ni un científico que descubriese la vacuna contra el mal de la Historia, ni el genio incomprendido de la revolución universal. No fue razonable, no acertó siempre, no tuvo sentido de la "oportunidad política". Visto desde fuera, con ojos de imparcial y parlamentarista académico inglés, debió parecerse mucho al retrato que nos traza Carr: gordiflón, sablista, sudoroso, arrebatado... No es por ahí por donde hay que redimirle de sí mismo y ganarle para el digno panteón de hombres ilustres. Tampoco hay que exagerar con fervor

puritano su "côté apóstol", ese que con tanta gracia y profundidad nos presenta Valle-Inclán en su magistral "Baza de espadas". Sería todo lo apóstol que se quiera, pero lo cierto y, a mi modo de ver, lo más importante, es que Bakunin se divirtió prodigiosamente con el asunto de la revolución: frente al

nombres ominosos, por las ligas de desesperados internacionales sin otra existencia que la creada por la imaginación —y ya es bastante!—, no se entiende más que desde un registro lúdico. Bakunin gozaba con las apariencias de la conspiración, con los simulacros de la organización política de la que su buen

hay peligro de burocracia, ni de desarticulación por las fuerzas del orden ni de la aniquilación de la iniciativa individual —¿hay quien dé más?—; en segundo término, presenta a las auténticas organizaciones políticas un vaciado de sí mismas que puede ayudarlas a ilustrarse sobre sus propios vicios y peligros; en tercer término, y primordialmente, convierte a **cualquiera** en potencial y efectivo elemento revolucionario. ¿Quién puede estar seguro de no pertenecer, cotizar y trabajar para organizaciones enigmáticas, ilimitadas hasta la autoanulación? Carr critica con virtuosa indignación la generosa (o suicida) falta de controles con la que Bakunin inscribía al primer venido en alguna de sus sectas fantásticas y ponía al más remiso a trabajar para la causa. El ejemplo más grave de esta curiosa irresponsabilidad es cierto policía secreto del Zar, que se "afilió" en una de las redes de Bakunin para descubrir el funcionamiento de la conjura. Bakunin le puso en acción y le tuvo durante meses viajando a Rusia y otros lugares lejanos de Europa con misiones que el policía cumplía con escrupulosa fidelidad, en espera de poder descubrir el gran misterio que se le hurtaba. Finalmente, se despidieron tan amigos. Carr dice escandalizado que Bakunin jamás sospechó la verdadera ocupación laboral del policía, lo que debe ser sin duda cierto; pero no menos cierto es que el agente del Zar fue a su pesar el principal miembro de una organización sin otro secreto ni entidad que su propia y entusiasta afiliación a la misma...

A Miguel Bakunin le oculta la vivacidad de su propia biografía. La mayoría de los políticos están muertos cuando deciden dedicarse a la cosa pública, que es mala cosa: saltar de un modo u otro a la palestra del poder es señal inequívoca de momificación. Su contraste con la centelleante y viva figura de Bakunin, quien gracias a Dios no era político, pero pasa por tal, es tan chocante que es esa figura —anécdotas, gestos, leyendas— lo único que generalmente se conserva del luchador anarquista. Pero lo cierto es que Bakunin tiene un marcado interés teórico. Como adecuado correctivo de la biografía algo bufa de E. H. Carr, recomiendo la lectura del reciente volumen "La anarquía según Bakunin" (2), donde, además de diversos apuntes biográficos, se encontrará una muy amplia y razonable antología de sus escritos. Bakunin no dejó nin-

Fernando Savater

sombrio ascetismo de quien no busca en la rebelión más que una ocasión de matar o de que le maten, frente a la intrigante seriedad manipuladora del burócrata, Miguel Bakunin tuvo un concepto jubiloso de la subversión. ¿Aventure-rismo? Ciertamente, vivió la revolución como una gran aventura, no como el producto de la necesidad histórica o un penoso deber justiciero. Habló de un "instinto de revuelta" en todos los hombres y creyó sinceramente que el hombre es, naturalmente, rebelde y que, por consiguiente, nada hace disfrutar tanto como una buena sublevación. Incluso cuando en una ocasión habla de "morir por la libertad" como el placer más alto, no sitúa este sacrificio en un catálogo de virtudes, sino en una lista de alegrías sensuales en la que figuran, en orden descendente, "fumar, comer, beber y dormir". Su pasión por las sociedades secretas de

sentido o la suerte siempre le previno. Todo partido político, y más si se supone revolucionario, suele aspirar a los prestigios de la catacumba, la contraseña y el púlpito: nace como iglesia perseguida o como facción de bandoleros románticos y acaba como inquisición o como departamento de Policía. A Bakunin le gustaba la primera parte de este viaje, pero no la segunda: como no quería conquistar el poder, sino destruirlo, su indudable vocación de faccioso nunca abandonó el terreno de la mimesis y se contentó con ser el miembro visible de misteriosas hordas invisibles. Esto no es tan ineficaz como parece, pues cumple un triple objetivo: en primer término, dota a quien no sabe vivir o actuar más que con un carnet en el bolsillo y a la sombra de una maquinaria de largos tentáculos de una sociedad secreta perfecta, ya que, como su principal secreto es no existir, no



Bakunin siempre resaltó el potencial revolucionario de las peculiaridades nacionales o culturales y prefirió cualquier cantón a cualquier imperio.

(1) "Michael Bakunin", de E. H. Carr, ed. Grijalbo, 1970.

(2) "La anarquía según Bakunin", ed. de Sam Dolgoff, col. Acracia, Tusquets ed.



Frente a la intrigante seriedad manipuladora del burócrata, Miguel Bakunin tuvo un concepto jubiloso de la subversión.

gún **corpus** sacrosanto de doctrina sobre el que minuciosas y estériles exégetas hayan debido inclinarse a lo largo de los años, inventando herejías y reafirmando ortodoxias. Todos los escritos son textos de combate, redactados en circunstancias muy determinadas y con miras a un público concreto: no aspiran a una validez sempiterna ni pretenden agotar los aspectos de ninguna cuestión. Para Bakunin, la revolución no tiene ninguna filosofía ni ciencia oficial, sino que debe estar abierta a un constante debate de temas filosóficos y políticos. Planteó su lucha como una defensa de la diferencia y de la individualidad irreplicable de las grandes abstracciones totalizadoras que funden en la generalidad de un Estado peculiaridades que desmochan a martillazos. Hay unas capacidades libertarias en cada individuo que se envilecen y marchitan cuando éste delega en otro la gestión de sus propios asuntos, el control, la organización y el estilo de su actividad creadora o de su forma de vida. La libertad no se cede, ni se delega, ni se traspasa en vales al vecino, más que a costa de plegarse al dominio de organizaciones y partidos de más y más abstractos, que acaban en ese reino de nadie que es el Estado, en el que toda supuesta representación democrática se ve obligada a consolidar uniformemente un mismo e indiferenciado dominio. Cier-

to es que **sin la libertad nada tiene valor** y es estéril toda virtud y repressiva la mejor organización. Pero no menos cierto es que esa libertad no puede alcanzar la plenitud auténtica de su ejercicio en el ámbito del sometimiento económico y social, en el reino de la desigualdad esclavizadora que hurta de un latigazo feroz la aparente libertad que concede de labios para afuera. Por eso dijo Bakunin: "Soy un partidario convencido de la igualdad económica y social porque sé que, sin ella, la libertad, la justicia, la dignidad humanas, la moral y el bienestar de los individuos, así como la prosperidad de las naciones, nunca serán más que un hato de mentiras. Pero ya que estoy a favor de la libertad como condición fundamental de la humanidad, creo que la igualdad debe establecerse en el mundo por medio de la organización espontánea del trabajo y la propiedad colectiva con asociaciones libremente organizadas de productores y con la igualmente espontánea federación de las comunas, a fin de reemplazar al dominante Estado paternalista". Algunas de sus visiones concretas acercan notoriamente a Bakunin a nuestras luchas actuales: por ejemplo, mientras los fundadores del socialismo autoritario se burlaban de las nacionalidades checoslovaca o yugoslava como "ficciones" y recomendaban a esos pueblos el so-

metimiento a la acción "civilizadora" del imperialismo alemán, Bakunin siempre resaltó el potencial revolucionario de las peculiaridades nacionales o culturales y prefirió cualquier cantón a cualquier imperio, por muy científico y cosmopolita que este último se pretendiese. Nunca aprobó la calificación del proletariado como "clase", frente a la que conservó la denominación "masas", que le pareció menos propensa a subrayar a todos los desheredados bajo una aristocracia de obreros industriales. Respecto a Rusia, por ejemplo, previó con impecable clarividencia los peligros de que al mayoritario campesinado le dictasen las pautas revolucionarias los minoritarios obreros de las grandes ciudades. Bakunin confiaba en la energía subversiva de los desclasados más pobres, de los miserables con menor calificación laboral: no quiso que sólo los más cultos o los mejor preparados tuvieran voz y voto en la rebelión. No se ocultaron las consecuencias que podía acarrear la visión autoritaria del socialismo y su proyecto de suprimir los males sociales con un **gobierno fuerte**. Sobre ese punto escribió párrafos que pueden calificarse de proféticos: "Para el proletariado, esto (el gobierno fuerte del socialismo autoritario) no será más que un cuartel: un régimen donde dormirán, se despertarán, trabajarán y vivirán al son del tambor hombres y mujeres —regimiento donde los astutos y los cultos obtendrán privilegios gubernamentales, y donde aquellos con mentalidad mercenaria, atraídos por la inmensidad de las especulaciones internacionales del Banco estatal, encontrarán un amplio campo para

negocios lucrativos y secretos". También se opuso a mitos decimonónicos a los que en parte se hallaba sometido: escribió contra una posible dictadura de los "científicos" que sustituyese a la de los "sacerdotes" y señaló que el progreso histórico no siempre ha avanzado ni avanza en la dirección de la libertad: no creyó en los males necesarios que aportan cincuenta o cien años después bienes incuestionables...

Como toda palabra de significado amplio, controvertido y profundamente emotivo, la de "libertad" no puede ser manejada sin equívocos y no hay grupo, por dictatorial que sea, que renuncie a escribirla en su bandera. Cuando Bakunin habló de libertad, no aludía sencillamente al respeto fascinado por el espectáculo de la política y a la disponibilidad para intervenir en un juego parlamentarista de resultados monótonamente previsibles y mezquinos. Tampoco propugnaba esa libertad que sólo con la muerte quiere confrontarse y que supone que al reino de la violencia y el terror se le puede derrocar con las mismas armas que le perpetúan; nada ha enturbiado más el verdadero rostro de Bakunin que la sombra desdichada de Netchaev. "Me refiero —dijo Miguel Bakunin— a la libertad triunfante sobre la fuerza bruta y lo que siempre ha sido verdadera expresión de esa fuerza, el principio de autoridad. Me refiero a la libertad que destruirá los ídolos en el cielo y en la tierra y que construirá un nuevo mundo para la humanidad solidaria sobre las ruinas de todas las iglesias y todos los Estados". ■

Handwritten text in French, likely a manuscript by Bakunin. The text is dense and somewhat illegible due to cursive handwriting. It appears to be a critique or discussion of political and social issues, consistent with the article's theme.

Escrito de Bakunin titulado *Contra Marx*. — Unos ratifican. El texto dice así: «Mijaíl Bakunin: el moderno Danton; para vencer a los enemigos del proletariado es necesario el espíritu destructor es al mismo tiempo el espíritu constructor.»

Manuscrito de Bakunin titulado "Contra Marx".